

AL REY Y A LA PAZ. (VEASE LA CUARTA PLANA). CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE. Desde el día 20 del actual quedará restablecido el servicio de trenes de viajeros entre Madrid y Hendaya.—M. SABADO 18 DE MARZO. LA CORRESPONDENCIA. Hoy hemos tenido el gusto de abrazar a otro de nuestros compañeros que ha permanecido largo tiempo de correspondiente de nuestro periódico en el Norte. El Sr. Blay la Casa, cuyas cartas tanto han contribuido a dar a conocer a nuestros lectores los importantes detalles de la guerra ya felizmente terminada.

NOTICIAS DE LA CORTE. S. M. se alojó ayer en Valladolid en el palacio de Justicia. En frente había un notable arco mudéjar levantado a expensas de la diputación. A la entrada de la calle de Santiago había otro arco basteado por el municipio. Las autoridades acompañaron a S. M. a la entrada y salida de la población. El entusiasmo rayaba en frenesí. De Avila ha salido S. M. el rey con su augusta hermana, después de almorzar, a la una y media de esta tarde, habiendo llegado al Escorial sin novedad a las tres y media. El capitán general de este distrito y el subsecretario del ministerio de la Guerra, han salido esta mañana para el Escorial a esperar a S. M. el rey.

ACTOS OFICIALES. La Gaceta publica hoy las vacantes de notarios pertenecientes al territorio de la audiencia de Madrid, que hemos anunciado anticipadamente y que se proveerán por oposición en el término de 30 días. ECOS DE LA PRENSA. El Popular cree absurda y desituida de todo fundamento la noticia que han comunicado telegráficamente al gobierno de que los Sres. Ruiz Zorrilla y Orense se hallaban en la frontera reclusos oficiales carlistas para la causa republicana. Nosotros no le hemos tampoco dado crédito y es de creer que los interesados desmentirán la noticia. GUERRA Y MARINA. DESPACHOS TELEGRAFICOS. Habana, 16. Un decreto del general Jovellar suprime los impuestos adicionales sobre los capitales dedicados al comercio y propone la creación de contribuciones directas que deben producir 36 millones de pesos, los cuales unidos a los 46 que producen las aduanas, cubrirán los gastos anuales de la Isla de Cuba. El general Jovellar se propone también emitir 180 millones de obligaciones para el pago de la deuda flotante.—(Correspondencia.)

NOTICIAS. Ha llegado a Alcalá de Henares con objeto de tomar parte en la entrada de las tropas vencedoras, una sección del batallón forales de Navarra. Viste pantalón encarnado, polaina gris, levita corta y chaqué. Los forales de Navarra, desde su erección, han prestado brillantes servicios a su patria, habiendo tomado parte con el ejército del Norte en cuantos hechos de armas se han librado por aquel, y últimamente con el ejército de la derecha asistieron a la importante toma de Peña Plata y Vera tres compañías, de las que hemos oído hacer los mayores elogios. Ha llegado a Madrid para felicitar a S. M. una comisión de la junta organizadora de los somatenes armados de las cuatro provincias catalanas. Forman la comisión cuatro vocales de la junta y cuatro cabos. Esta junta tiene ya organizados y armados 30000 propietarios y colonos, y antes de dos meses contará con 60000.

CRONICA ESTRANJERA. DESPACHOS TELEGRAFICOS. Paris, 17 (8'55 noche). El nuevo gabinete francés va consolidándose. Los conservadores le apoyan; los intrasigentes le soporan resignados. La política oficial será la república moderada. La cuestión de amnistía se presentará bajo una forma poco concreta. El Sena empieza a invadir las localidades urbanas. Esperase que empezará a descender muy pronto. La Bolsa se mantendrá firme.—Perez.—(Correspondencia.) Londres, 18. Se asegura que D. Carlos ha comprado a la familia de Orleans el hermoso palacio de Twickenham, cerca de Londres, que perteneció en otros tiempos a Luis Felipe, y que está situado en Richmond, a orillas del Támesis.

CRÓNICA DE MADRID. Ya recorren algunas locomotoras la línea de Miranda a Bilbao. Para el 24 ó 25 podrá establecerse ya algún tren, aunque sin regularidad. Ya están colocados en la plaza de Oriente los grupos de banderas y gallardetes que han de decorar. Desde los balcones del Conservatorio de música se arrojarán a S. M. cien coronas y hojas de versos escritos por el Sr. Puente y Brñas. Hoy se han repartido los billetes de los toros al ejército, entregándose 1900 al del general Quesada, 1800 al de Martínez Campos y 800 para la guarnición de Madrid. La diputación provincial presentará la entrada del rey y las tropas desde los balcones de la casa núm. 74 de la calle de Atocha. En la fachada del ministerio de Fomento se colocará durante las tres noches de luminarias, una luz eléctrica bajo la dirección de los profesores del conservatorio de Artes y oficios. Ya están distribuidos completamente todos los billetes que ha repartido el ayuntamiento para las funciones de teatro que se verificarán el martes y para la corrida de toros del miércoles. Es, pues, ya inútil reclamarlos. Todos los trenes han llegado hoy con retraso de tres y 4 horas, por las dos líneas, por la mucha afluencia de viajeros. Cada concejal se ha encargado de repartir 200 bonos de pesetas entre las personas necesitadas de esta capital. Al pasar el rey por el arco de la calle Mayor, una comisión del ayuntamiento bajará a ofrecerle una corona de oro en un bonito almohadón de raso blanco con galones de oro, y otras a los generales. Los dueños del Bazar de la Union están preparando una vistosa iluminación, y en el portal del establecimiento una tienda de campaña, cuyo caprichoso adorno es seguro que llamará notablemente la atención. La corrida de toros oficial y de convite, dadapor el ayuntamiento, tendrá lugar el miércoles próximo. NOTICIAS PERSONALES. Ha llegado a Madrid en uso de licencia que le ha sido concedida, el señor D. Isidro Mendez Nuñez, hermano del inolvidable héroe del Callao. El senador Sr. Otto y los diputados Sres. Cervero, Martón, Alva Salcedo, barón de Alcalá y Escudero (D. Pedro), obsequian hoy en los Dos Cisnes a las comisiones de la diputación provincial y del ayuntamiento de Huesca, y a los Sres. Cistué y Cervero de Valdés. Anteayer, y acompañados del senador Sr. Ruiz y Vila, fueron recibidas por los señores ministro y subsecretario de Gobernación, las comisiones de

soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía.

Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

ha venido a descansar a la corte. —¿A descansar? —Si es viejo. —¿Cómo siendo viejo se casa con una joven? —Cosas del mundo. —Dicen que tiene mal carácter. —¡Vaya! es un pendenciero en toda regla. Siempre lleva espada y daga, y basta con que un cualquiera le mire de reojo, para que arme camorra. —He oido asegurar que es un gran jugador. —Si tal, juega a la negra a las mil maravillas. —Pues si es tan ternero, no habrá quien le se acerque a su dama. La noticia y los comentarios eran exactos. Francisca, cumpliendo las órdenes de la reina y oliendo ya con toda su alma a Fernando de Valenzuela, dió su mano a Vicente de Olmedo, y tuvo muy presente para después, que era viejo, y que era despotismo a los miembros del Consejo, ancianos ya de la más noble alcurnia; contábase que era el ojo derecho del padre Nithard, y que entre ellos, dos, iban a tragarse la nación entera. Con estas murrunciones coincidió una noticia que recorrió todos los ambientes de las gradas de San Felipe. En los que más efecto produjo la tal nueva, fué en los poetas y en los aficionados al teatro. —Va a volver a aparecer en las tablas Francisca Bezón, se decían unos a otros. —Y no es eso solo, añadian otros. —¿Con que se casa. —¿Con quien?—preguntaban los ignorantes. —Con Vicente de Olmedo. —Ese tambien es comediante? —Yo lo creo: ha recorrido casi todas las poblaciones de España y

Señora del Pópulo, si reanimaba aquella hermosa flor que al lado suyo languidecia. Comunicaron sus propósitos a la joven, y esta, como sintiéndose herida de un rayo, aprobó su plan y les pidió que la dejasen ir a la novena. Acudió a ella, y postrándose todas las tardes delante de la imagen de la Virgen, no hacia mas que llorar y rezar, mientras se hallaba en el templo. Al terminar la novena sorprendió a sus padres manifestándole un deseo. —Hace ya tiempo que estamos en Roma,—les dijo,—y aun no me habeis llevado al teatro. —¿Acaso querriais ir?—la preguntó Juan Bezón. —¡Oh! sí, mucho me alegraría. —Pues tus deseos son los nuestros. Esta misma noche iremos al teatro. Fueron en efecto, y oyeron cantar una ópera que empezaba a estar en boga en los teatros de Italia. El cambio que se operó en la joven fué completo. A los pocos dias: —Tranquilizaos,—dijo a sus padres,—he tomado ya a resolución y me siento mejor. Mucho os agradezco que en los dias de prueba que han trascurrido, no hayais aumentado mi pena hablándome de un hombre a quien debemos olvidar todos para siempre. La Virgen ha oido mis ruegos y me ha salvado: vuelvo a renacer en mí el amor al arte. Deseo, como antes de salir de España, volver a la escena, or los aplausos... ¡Esa es mi vida! nunca he debido abandonarla. —¡Dios sea bendito!—exclamó la esposa de Bezón. —Es necesario, padre mio, que tornemos a España. —¡Has olvidado que tenemos or-

der superior de permanecer aquí? —¿Qué importa? Aquí me muero y necesito vivir para vos, para mi madre... En cuanto lleguemos a Madrid, yo iré a ver a la reina, imploraré su piedad, y renacerá la alegría en torno nuestro. —¿No te engañas, Francisca?—dijo Juan Bezón.—¿No buscas, como la mariposa, la luz para morir en ella? —¡Oh! no temais, estoy completamente desengañada... todo ha sido un sueño. El hombre por quien si sintiera odio hacia el temeria... pero solo siento indiferencia, desprecio. ¡Oh! no me neguéis lo que os pido por vuestro bien. Tornemos a España, y si pensais que no hemos de obtener la gracia de la reina, poco importa; cambiaré de nombre, no iré a Madrid; pero yo necesito volver a ser lo que he sido, comediana; yo necesito volver a vivir del arte, de la gloria. Tan decidida parecía la voluntad de Francisca, que sus padres resolvieron darle gusto. Dispusieronlo todo; partieron para España y después de un largo y penoso viaje, llegaron a Madrid todas las conversaciones la casa en que habitaba Fernando de Valenzuela, con el sobrenombre de la casa del Duende.

En honor de la verdad, habia ganado este título porque después de los sucesos íntimos, por decirlo así que habian ocurrido en ella, otros sucesos públicos habian con-vencido, no ya a los cruyados que habían huido, sino a todos los habitantes del barrio, de que en efecto, habitaba un duende en aquella casa. Al llegar a Madrid, solicitó Juan Bezón una audiencia de la reina.

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que

EL ULTIMO DUENDE. 83. soberana de España, comprende que su conducta daría tarde o temprano el fruto que deseaba. Doña Mariana no se atrevía a mirarle cara a cara; le hacía conti-nuos desaires, se mostraba irascible, con él. A lo mejor se levantaba de su sitio y le dejaba solo sin darle explicaciones. Se complicaba en contradecirle. En una palabra, todo hacia comprender que había entablado una lucha y que la que pensaba vencer, quedaría al fin vencida. En algunas ocasiones procuró Valenzuela dar a entender a la reina que comprendía lo que pasaba en su alma; pero doña Mariana seña a su encuentro y con su actitud le obligaba a callar. Tendré paciencia, se dijo Valenzuela, de todos modos la victoria ha de ser mía. —Un hombre como vos no debe tener miedo. —No lo tengo, señora. —Pues entonces. —Deseo abandonar la casa en donde habito, y como es un regalo de la reina, temo que lo tome a desaire. —Y es porque queréis abandonar vuestra casa. —¿Suponeis que es por el duende? —¿Oh! no, señora. Es porque ese juego, esa patraña, cuyo origen aun no he podido descubrir, ha alejado de mi casa a todos los servidores, y me veo obligado a no tener a mi servicio mas que a mi mayordomo y a un pariente suyo, o lo que es lo mismo, vivo muy mal. —¿Y qué pretendéis? —Valerme de vuestra influencia con la reina, para que, en beneficio de su real servicio, me proporcione el medio de abandonar la casa, sin que aparezca desaire de mi parte. —No adivino qué medio puedo seros. —Uno muy sencillo. —¿Hablad. —No soy secretario del Consejo de su magestad? —Si por cierto. —No debo habitar on palacio? —¡Ah! ¡queréis habitar en la real morada! —Deseo que su magestad me lo mande. —La camarista se sonrió maliciosamente. —¿No queréis protejerme? dijo Valenzuela. —¿Acaso necesitais mi ayuda? —Cuando os la pido... —Veo que sois reservado conmigo. —Acabo de daros un prueba de sinceridad. —No lo veo yo así. Me pedis que





